

Siebekings

Alejandro

Antología
de obras teatrales



Universidad
Finis Terrae



RIL editores

Parecido a la felicidad
(1959)



... Lucho Barahona, Miriam Benovich y
Alejandro Sieveking.

Parecido a la felicidad

Se estrenó el 12 de septiembre de 1959. Fue dirigida por Víctor Jara y se realizó una gira por Argentina, Uruguay, Venezuela y Cuba.

Personajes:

Olga
Gringo
Regina
Víctor

Primer acto

Al abrirse el telón, la escena esta casi totalmente a oscuras. Solo se ve, proyectada sobre el techo de una habitación, la luz de un farol que está varios pisos más abajo. Suena el timbre de un despertador, que es rápidamente detenido. Una mujer se levanta de una cama que empieza a vislumbrarse a la izquierda del escenario y abre una puerta junto a la cama, en primer plano. Sale y enciende la luz de la habitación vecina, el baño, iluminando el pequeño departamento. Se ve la cama, donde un hombre desnudo duerme de espaldas al público, y el velador. A la derecha: la puerta de entrada, una mesa pegada a la pared, dos sillas y un banquito, un closet con cortina, un estante donde están el anafe, botellas vacías, vasos y tazas. Es un departamento de un ambiente en un edificio viejo, cerca del Parque Forestal. Hay un gran desorden, ropa y hojas de diario sobre las sillas y en el suelo. En las paredes, de color oscuro, páginas de revistas con fotos de equipos de fútbol. Sobre el velador, un calendario. La mujer vuelve, envuelta en una toalla grande, busca en el suelo, encuentra sus calzones, se los pone. Busca en el suelo. No encuentra lo que busca, encuentra unos calzoncillos, unos bluejeans y una camisa de hombre. Se pone la camisa. Se acerca a la ventana y mira hacia abajo, estirándose. El hombre se mueve, poniéndose boca arriba. Ella se acerca y se inclina sobre él.

OLGA.— ¿Cómo estás? (*Lo remece suavemente. Él gruñe.*) ¿Cómo estás?

GRINGO.— (*Se estira.*) Aaaaaah... (*la abraza, sonriendo*). Hola, hola.

OLGA.— ¿Cómo estás?

GRINGO.— Bien, ¿y tú?

OLGA.— ¿Me quieres?

GRINGO.— No.

OLGA.— Yo te quiero.

GRINGO.— No sabís jugar.

OLGA.— Sí sé.

GRINGO.— No sabes... (*La besa y acaricia suavemente.*)

OLGA.— No, señor.

GRINGO.— Síii...

OLGA.— Noo... ¿Sabís qué hora es?

GRINGO.— No importa. (*Otro beso.*)

OLGA.— Las seis y media.

GRINGO.— (*Se sienta bruscamente.*) Voy a tener que apurarme. ¡Qué lata!

OLGA.— ¿A qué hora empezái?

GRINGO.— A las ocho en punto.

OLGA.— Mientras te bañai voy a ordenar un poquito y voy a preparar el desayuno.

GRINGO.— (*La mira, divertido.*) Me salió bien buena la dueña de casa, parece.

OLGA.— Vai a ver. (*Él agarra sus calzoncillos y se los pone, de espaldas al público, y se levanta. Es un joven alto, rubio, atlético, de movimientos lentos, como un oso. Mira por la ventana y vuelve a estirarse. Ella recoge su ropa del suelo y la deja sobre una silla.*)

GRINGO.— ¡Qué flojera!... Está oscuro todavía.

OLGA.— Sí, como de noche. (*Él se acerca y la besa en el cuello.*)

GRINGO.— ¿Estás contenta?

OLGA.— Sí.

GRINGO.— ¿Seguro?

OLGA.— ¿Por qué?

GRINGO.— Se me ocurrió que podrías arrepentirte.

OLGA.— No.

GRINGO.— Lo importante es que te sintai bien conmigo.

OLGA.— Me siento bien.

GRINGO.— ¿Y tu mamá? (*Olga se pone seria.*) ¿Qué va a decir cuando vuelva?

OLGA.— (*Se aparta de él, recoge su sostén del suelo y lo deja sobre el resto de su ropa.*) No sé.

GRINGO.— A lo mejor te convence y me dejái solo.

OLGA.— Anoche... es como si nos hubiéramos casado.

GRINGO.— Eso es lo que pienso yo.

OLGA.— (*Ligeramente incómoda.*) ¿No tenís frío?

GRINGO.— No. Me voy a ir a duchar. (*Se miran, se acercan lentamente y se besan.*) Me gusta tu olor.

OLGA.— Te vai a atrasar.

GRINGO.— ¡Ah, sí! (*Se aparta, pero ella lo retiene, abrazándolo con un repentino impulso.*)

OLGA.— ¿Me quieres? ¿Me quieres mucho? Dicen que los hombres no quieren tanto como las mujeres.

GRINGO.— Eso es lo que dicen las mujeres.

OLGA.— A lo mejor. (*Lo suelta.*) ¿Dónde están las tazas?

GRINGO.— Ahí, en ese mueble. Y la tetera y todo lo demás.

OLGA.— Ya... Se te va a hacer tarde.

GRINGO.— Si ya me voy. (*Llega junto a la puerta del baño y se detiene. Se vuelve hacia ella.*) ¿Cuándo vas a traer tus cosas?

OLGA.— Hoy, antes de que vuelva mi mamá. Parece que se viene mañana. Tú sabís cómo son los buses, ¡nunca se sabe! Sobre todo en este tiempo.

GRINGO.— Entonces cuando termine el turno voy a buscarte.

OLGA.— ¿Vai a ir en el camión?

GRINGO.— ¡No!, ¿se te ocurre? No puedo. Aunque capaz que me presten una camioneta en la empresa. Mejor tomar un taxi. O... si son pocas cosas, te las traigo yo. Me sirve de ejercicio. Pero no, tendríamos que hacer varios viajes, mejor un taxi.

OLGA.— Mejor. Parece que no te querís bañar.

GRINGO.— ¡Sí! Es que ¿sabís? Eh... ¿no te molesta que haga gimnasia un rato?

OLGA.— Claro que no. ¿Alcanzai?

GRINGO.— (*Sonríe.*) Sí. Como tu vai a hacer el desayuno...

OLGA.— Claro. Puedo mirarte, ¿verdad? (*Se sienta en un piso, entre la mesa y el estante.*)

GRINGO.— Tanto como show no es. (*Abre las piernas y se toca la punta del pie izquierdo con la mano derecha y así, sucesivamente, diez veces.*) Puchas, me ponís nervioso. (*Toma un aparato de resortes que cuelga de un clavo en la pared, junto a la puerta del baño.*)

OLGA.— Mi hermano se compró una de esas cosas, también, pero nunca la usaba... Está en Curicó. ¿Conocís Curicó?

GRINGO.— (*Estirando los resortes.*) No.

OLGA.— Yo soy de allá, pero no volvería ni muerta... No lo pasaba mal, pero es que es muy fome la vida en provincia... ¡Uf, viérai los domingos en la tarde, en Curicó! Tan triste, tan aburrido. Ni anestesiada me llevarían p'allá de nuevo. Mi mamá dice lo mismo, ¿ah? Es que aquí es más entretenío, por último.

GRINGO.— Claro.

OLGA.— No creai que no tengo un poco de susto... Por mi mamá, digo. Tengo un poco. Pero voy a explicarle. (*El Gringo interrumpe su gimnasia.*) ¡Le tengo que decir! Se va a que dar sola y... no le gusta estar sola... Bueno, ¿a quién le gusta? Y yo quiero seguir trabajando en el negocio, así es que tenemos que aclararlo todo.

GRINGO.— ¿Y le vai a decir que no nos vamos a casar, también?

OLGA.— No.

GRINGO.— Es lo primero que te va a preguntar.

OLGA.— Entonces le voy a decir la verdad. Que tú no quieres.

GRINGO.— (*Deja los resortes en su lugar, molesto.*) Ya hablamos de eso.

OLGA.— ¡Pero si yo estoy de acuerdo!... Le voy a decir, también, que no me importa.

GRINGO.— (*Continúa con sus ejercicios.*) Y dile por qué no quiero.

OLGA.— No sé por qué.

GRINGO.— (*Interrumpiendo de nuevo.*) Anoche te dije.

OLGA.— No me di cuenta.

GRINGO.— (*Sonríe.*) ¿En qué estabai pensando?... Te dije que... no podemos tener hijos todavía, y quiero buscar otro trabajo.

OLGA.— Pero con este ganai bastante y...

GRINGO.— ¿Bastante?, ¡pst!... (*Se sienta en el suelo, dándole la espalda.*) No me alcanza ni para vestirme porque, además, tengo que mandar un poco de plata a mi casa. (*Se tiende en el suelo y hace abdominales.*)

OLGA.— Si yo sé.

GRINGO.— Cinco, seis...

OLGA.— Mi mamá se tiene que dar cuenta. Sabe de estas cosas. Mi papá se murió hace seis años y ¡un año después ella se volvió a casar! A mí me cargaba el Pedro, el nuevo, pero ¿cómo se lo iba a decir? Es que no era ni la sombra de mi papá. Mi papá era súper. ¡Tan amoroso! Yo podía estar un día entero oyéndolo hablar y riéndome con las cosas que decía. Era simpático (*sonríe*) ...de cara. Su cara era simpática, ¿entendís?... Todo sería tan distinto si estuviera vivo. Pero nunca me hubiera venido a Santiago y no te habría conocido... Y si mi mamá no se hubiera peleado con el Pedro, tampoco estaría aquí. Es el destino, creo yo. Yo creo en esas cosas. A lo mejor nos habríamos conocido de todos modos.

GRINGO.— (*Está tendido de espaldas, inmóvil.*) A lo mejor. Ahora sí que me voy al agua.

OLGA.— Yo soy muy buena para hablar.

GRINGO.— Yo también.

OLGA.— No, tú no. Eres muy callado.

GRINGO.— No siempre.

OLGA.— Pero en general.

GRINGO.— Es que depende. En el trabajo, por ejemplo, la única persona con la que puedo hablar es... (*Se levanta rápidamente.*) ¡Oye, casi se me olvida avisarte! Prepara tres desayunos.

OLGA.— ¿Quién viene?

GRINGO.— Un amigo.

OLGA.— ¿Tan temprano?

GRINGO.— Sí. Vive al frente. Es un tipo que trabaja en la Empresa.

¡Buen tipo! Siempre viene. Y a mí se me olvidó decirle que no... es decir...Esto no fue preparado...totalmente. (Ríe.)

OLGA.— Pero voy a estar aquí...

GRINGO.— Siempre vas a estar aquí, ahora. (*La abraza.*)

OLGA.— Sí, de veras... Voy a ordenar un poco.

GRINGO.— No te apurís. Viene cerca de las siete, un poco antes. Chao.

OLGA.— Chao. No te demores.

GRINGO.— No. (*Entra al baño y cierra la puerta. Ella saca tres tazas, platos y cucharitas. Al comprobar que la tetera no tiene agua va hacia el baño, llevándola, y golpea la puerta.*)

OLGA.— ¿Se puede?

GRINGO.— (Grita.) ¡Sí! (*Olga abre la puerta y entra. Se oye el agua que corre y la risa de los dos. Olga sale corriendo, cierra la puerta y se afirma en ella, tapándose la boca con las manos y riendo. Se da cuenta de que ha dejado la tetera adentro y golpea otra vez.*)

OLGA.— ¡Por favor!, ¡pásame la tetera!

GRINGO.— (A gritos.) ¡Ven a buscarla!

OLGA.— No. Pásamela.

GRINGO.— ¡¡Ven!!

OLGA.— ¡No! (*La puerta se abre y aparece el brazo mojado del Gringo con la tetera.*)

GRINGO.— Toma. (*Al tomar la tetera él la coge del brazo y la arrastra al baño de un tirón.*)

OLGA.— ¡Se me va a caer el agua! (*Se produce un repentino silencio. Luego, una palmada y la risa de los dos. Olga reaparece, riendo, y cierra la puerta. Enciende el anafe eléctrico y pone la tetera sobre él.*)

GRINGO.— (*Su voz se oye distante. Canta con entusiasmo una canción de moda.*) En mi corazón/ yo tengo un rinconcito para ti... Olga se pone su falda y un pañuelo de seda estampada en la cabeza. Echa la ropa de cama hacia atrás y busca una escoba. La encuentra en el clóset y se dispone a barrer cuando se escuchan unos tímidos golpes en la puerta de calle. Olga se quita rápidamente el pañuelo y estira la ropa de cama.

OLGA.— ¡Un momento! (*Recoge algunos papeles del suelo y abre la puerta. Se queda inmóvil y asustada. El Gringo sigue cantando en el baño. En la puerta aparece lentamente una mujer de cincuenta años con aspecto de cansancio. Lleva un abrigo oscuro y aprieta una vieja cartera negra. Da los pasos indispensables para entrar y mira hacia el baño. Olga se cierra la camisa todo lo posible. La mujer abre la cartera y saca un pañuelo, que se lleva a la nariz.*) Yo se lo iba a decir, de todos modos. (*Silencio.*) Creí que iba a llegar mañana. Mamá, yo se lo iba a decir.

REGINA.— Fui hasta la Asistencia.

OLGA.— ¿Quién le dijo que yo estaba...?

REGINA.— ¿Cómo... cómo me iba a imaginar?

OLGA.— ¿Cómo supo que estaba aquí?

REGINA.— (*Secándose las lágrimas.*) Por la Marta, recién... Fui a la casa de la Marta, tuve que despertarla... Me dijo que habías salido con el Gringo a comer afuera. ¡Por supuesto que se dio cuenta de todo!... ¡Que me hagas pasar estas vergüenzas!... Claro, te ofreció matrimonio y todo arreglado. ¡Le resultó fácil!... Supongo que te vas a casar con él.

OLGA.— Sí, pero todavía no.

REGINA.— (*Irónica.*) «Todavía no». Eso es nunca.

OLGA.— Me dijo desde el principio que no se podía casar todavía.

REGINA.— Entonces, ¿cómo pudiste aceptarle una cosa así? ¿Cómo pudiste hacerlo?... ¿Y por qué no se puede casar? ¿Tiene mujer e hijos que mantener?

OLGA.— Es el Gringo, mamá.

REGINA.— Si sé. El chofer. El que parecía más serio de todos.

OLGA.— Es serio.

REGINA.— ¡Qué va a ser! ¡Es un sinvergüenza! Pero ¿cómo pudiste hacerle caso? ¿Lo quieres tanto?

OLGA.— Claro que sí. ¡Lo quiero mucho!

REGINA.— Pero él no te quiere. Si te quisiera no habría hecho esto contigo.

OLGA.— (*Aburrida.*) ¡Mamá!

REGINA.— (*Susurrando con intensidad.*) Habíamos quedado en que

nunca dejarías que se aprovecharan de ti. Que lo íbamos a conversar, que me ibas a contar todo... ¡Y yo, la tonta estúpida, al ver que eran las tres y media y no llegabas, pensé que te podía haber pasado algo, un accidente, y empecé a preguntar en todas partes! Hasta en la Asistencia... Bueno, ya está hecho. Esto me pasa por tenerte confianza. Vístete y vámonos de aquí.

OLGA.— Eso quería decirle, mamá. Me quedo.

REGINA.— ¿Cómo dices?

OLGA.— A vivir.

REGINA.— (*Sin poder creerlo.*) ¿A vivir?... ¡Es que no puedes quedarte! ¡No es decente!

OLGA.— ¡No grite!

REGINA.— (*Bajando un poco el volumen.*) ¡Que oiga!... ¿Crees que va a respetar a una mujer que no le importa quedarse a vivir así? ¡Nadie te va a respetar! Van a creer que eres una mujer fácil... ¿Crees que vas a ser feliz con él, que esto va a durar mucho tiempo?

OLGA.— ¡Estaba cansada de esperar, mamá! El príncipe azul no va a llegar, me dije... ¡No podía seguir así!

REGINA.— Eres joven, pudiste esperar. (*Pausa. Se escucha la voz del Gringo cantando en el baño.*)

OLGA.— (*Lentamente.*) Cuando una es joven es más difícil, todavía. Una tiene tantos deseos de que ocurran cosas bonitas, importantes... pero no pasa nada. El tiempo pasa. ¿Qué iba a hacer? ¿Esperar? ¿Morirme esperando?

REGINA.— Pero dijiste que no era el príncipe azul. No lo quieres. A falta de otro mejor...

OLGA.— No iba a estar perdiendo toda mi vida por algo que no iba a llegar nunca.

REGINA.— ¡Qué sabes tú!

OLGA.— Claro que sé, mamá. He sido realmente feliz, a veces... Y esto es lo que más se acerca a eso... A lo que sentía cuando vivíamos con mi papá. Esa sensación de que los problemas no importaban y que todo era maravilloso y bueno. Yo sé que nunca voy a ser tan feliz como entonces.

REGINA.— (*Desolada.*) ¿Y me vas a dejar sola?

OLGA.— ¿Qué quiere que haga? Tarde o temprano iba a ocurrir.

REGINA.— Pero no tan luego, no ahora. Vuelve a la casa y haremos como si no hubiera pasado nada. Como si él no existiera. Seguiremos trabajando... ¡No me deje sola, m'hijita! Estoy cansada, no puedo vivir sola. No tengo a nadie.

OLGA.— (*Apartándose.*) ¿Y... y su amiga de la Plaza Egaña?

REGINA.— La Hilda es casada, tiene familia... y es una amiga, nomás.

Tú eres mi hija, ¡me tienes que acompañar!

OLGA.— (*Serena.*) Es como si me hubiera casado, ahora, mamá. Durante el día estaremos juntas, igual que antes... Iré al negocio, y a la hora de cerrar, nomás, nos separaremos.

REGINA.— ¿Y qué voy a hacer con el departamento? ¿Y si me enfermo? Una se puede morir y nadie sabe. Me da tanto miedo quedarme sola. (*Se levanta y se acerca a Olga.*) ¡Eres una mal agradecida! ¿Cuándo te he dado un mal ejemplo? ¡Todo lo que me he sacrificado por ti! Gastando la plata a manos llenas para que estudie, para que pueda ganarse la vida. Ayudándola a poner el negocio y, ahora, de repente, como si una no existiera... Cuando te deje botada, entonces te vas a acordar de mí.

OLGA.— ¿Cree que si nos casamos no podría dejarme botada, igual? (*Como para sí misma.*) Buscar lo mejor es inútil, es cuestión de acostumbrarse... Con el tiempo, viviendo juntos, todo va a ser perfecto.

REGINA.— Todavía no entiendo por qué te viniste con él.

OLGA.— Estaba cansada de esperar.

REGINA.— Hay mujeres que esperan más. Pudiste esperar. Apenas tienes veintidós años.

OLGA.— ¿Esperó usted, mamá? ¿Esperó dos años siquiera después de que se murió mi papá? Uno... un año, apenas. Y decía que nunca iba a querer a nadie más.

REGINA.— Nunca quise a nadie más.

OLGA.— Pero se casó con el Pedro, ¡se casó con él! Un año después, apenas.

REGINA.— Me sentía muy sola y...

OLGA.— ¿Y cree que yo no me he sentido sola?, ¿que no he querido morirme? Todos los días, hasta que lo conocí... (*Mira hacia el baño.*) Por favor, mamá, váyase, ahora. Yo le voy a decir que estuvo aquí. Va a ir a hablar con usted... Es mejor así.

REGINA.— Bueno, sí... Me voy.

OLGA.— En el negocio vamos a hablar.

REGINA.— Vístete, no estés en esa facha indecente.

OLGA.— Sí.

REGINA.— No llegues muy tarde. (*Abre la puerta.*) Ojalá me equivoque... Hubiera querido que las cosas no fueran así, pero, en fin... Ojalá me equivoque. Hasta más rato. (*Sale.*)

OLGA.— Hasta más rato. (*Cierra la puerta. El Gringo continúa cantando. Olga se apoya en la puerta, pensativa. De pronto se da cuenta de que el agua está hirviendo y se acerca a la mesa, poniendo una panera en el centro. Busca en los cajones, pero no encuentra lo que necesita. Golpea la puerta del baño.*) ¿Hay que bajar a comprar pan?

GRINGO.— ¿Qué?

OLGA.— (*Grita.*) ¿Hay pan en alguna parte?

GRINGO.— ¿Pan?

OLGA.— ¡Sí!

GRINGO.— (*Gritando.*) El Víctor trae.

OLGA.— ¿Víctor?

GRINGO.— ¡Sí!

OLGA.— ¿Qué toma él?

GRINGO.— Café puro.

OLGA.— Ya... ¿Te falta mucho? Quiero arreglarme un poco.

GRINGO.— Si ya salgo, me estoy terminando de afeitarse,

OLGA.— (*Dulcemente.*) ¿Te gusta que esté aquí?

GRINGO.— ¡¿Qué?!

OLGA.— ¡Nada! (*Se aparta del baño.*)

GRINGO.— Pásame la ropa. Está en la silla.

OLGA.— (*Toma los blue jeans del Gringo y una polera. Abre la puerta del baño.*) ¿Cómo no te resfrías?

GRINGO.— ¡Por la flauta!

REGINA.— ¿Cómo sabes?

OLGA.— Estoy segura. Las cosas perfectas ocurren en los libros, nomás, en las películas... Pero a una no. Váyase ahora, después hablamos.

REGINA.— Tengo que hablar con él.

OLGA.— Después, por favor.

REGINA.— Tengo que decirle lo que pienso.

OLGA.— (*Agitada.*) Le voy a decir que vaya al negocio. Pero aquí no. No lo eche a perder. Es mejor que no lo vea ahora, está enojada y... Por favor, después, ¿ya?

REGINA.— Si no quieres que le hable, vente conmigo. No voy a dejar que hagas esto, no lo puedo permitir. Mientras yo esté viva...

OLGA.— (*La toma de los brazos, interrumpiéndola.*) ¿No entiende? Me voy a quedar. No quiero irme. No podría soportar un día más en esa casa, discutiendo de la mañana a la noche. ¡No haga un drama! ¡Entiéndame! No quiero estar más pegada a sus faldas y que me trate como a una niña. Tengo veintidós años y sé lo que hago... ¡Estoy cansada de esa vida estúpida, sin asunto! De que esté todo el día acordándose de cuando yo era chica. Usted querría que yo me casara con un empleado y tuviera hijos y cocinara y que todo fuera muy decente y muy normal... ¡Pero yo no! ¡Estoy aburrida de las cosas decentes y normales! Quiero ser feliz, mamá, ¡de cualquier modo!

REGINA.— (*Llora.*) Yo sólo quiero que... que seas muy feliz... Yo... yo no lo he sido...desde que murió tu padre... aunque él... (*Se sienta en la silla y llora silenciosamente. Olga se arrodilla junto a ella.*)

OLGA.— Usted me entiende, ¿verdad? Perdóneme, no quise hacerla llorar... Yo la quiero... Nos cuesta vivir juntas sin discutir y pelear, pero la quiero... El Gringo es muy bueno conmigo. Es cariñoso. Cuando lo conocí pensé que era el único posible... ¿Sabe una cosa?... Dicen que hay más mujeres que hombres... a lo mejor es por eso, pero tenía la sensación de estar perdida y de no saber dónde ir, ni qué hacer... Pero ahora sé. Ahora estoy tranquila. ¡Y claro que quisiera casarme, mamá! Pero si no, no me importa.

OLGA.— ¿Te cortaste?

GRINGO.— Me pasa todos los días. (*Recibe la ropa.*)

OLGA.— ¡Qué divertido que digái «por la flauta»! Cuando te vi por primera vez creí que hablabas con acento extranjero. Y con tu nombre... pero hablas como todos. Hjalmar... Hjalmar Rinke.

GRINGO.— ¡Rainke!

OLGA.— Rainke... Rainke... Dime algo en alemán.

GRINGO.— Noo, no me gusta... En Valdivia no hablábamos nunca en alemán. En la casa, nomás. Mi abuelo no quería hablar castellano porque... no quería. (*Entra poniéndose la polera.*) Era un viejo más orgulloso. Un tipo macanudo, ¿ah?, pero en el fondo era un rajado. Cuando yo hacía algo ¡me pegaba cada palo! Mi papá no me pegaba, tenía un método científico para castigar. Dio resultado: me corrigieron. (*Se pone los calcetines.*)

OLGA.— ¿Sí?

GRINGO.— Claro. (*Sonríe.*) Estoy corregido, ¿no ?... Pero ni los castigos científicos ni los palos consiguieron hacerme más inteligente. Nada. Cuando di la Prueba de Aptitud se dieron cuenta de que no valía la pena insistir. Por eso estoy aquí. (*Se pone los zapatos.*) Y estoy contento. Les mando plata y los mantengo con la boca cerrada. No mucha, pero lo suficiente para que no digan que soy un inútil. Mis hermanos son todos macanudos, ¡profesionales!, pero ninguno les manda ni un peso. Cuando lo supe estuve riéndome una semana... Bueno... No creas, mi familia tampoco necesita que le mandemos, pero... es una cuestión de... no sé... (*Mira por la ventana.*) ¿Qué le pasa a este que no viene? Es un buen tipo, te va a gustar. Vive en la pensión de enfrente. Yo lo conocí cuando iba a almorzar allá, hace como dos años... Es medio volado, así... no es volado es... ¡se lo pasa haciendo planes! ¿Cómo se dice?

OLGA.— (*Acercándose a él.*) ¿Soñador?

GRINGO.— Sí... pero es alegre, también... (*La abraza.*) ¿En qué estás pensando?

OLGA.— Estoy contenta.

GRINGO.— Eso es lo importante.

OLGA.— A que no te imaginas quién vino.

GRINGO.— ¿Vino alguien?

OLGA.— Mi mamá.

GRINGO.— (*Apartándose.*) ¿Tu...? ¿Vino? (*Ríe.*) ¡No!

OLGA.— (*Ríe.*) ¡Sí!

GRINGO.— Es broma. (*Ella niega. Él se pone serio.*) ¿De veras? (*Ella asiente.*) Y... ¿qué dijo?

OLGA.— Imagínate...

GRINGO.— (*Bloqueado.*) No se me ocurre.

OLGA.— Dijo que fueras a hablar con ella, esta tarde.

GRINGO.— (*Se ríe, nervioso.*) ¡No!

OLGA.— Sí.

GRINGO.— (*Serio.*) Ah... No voy a ir.

OLGA.— Pero...

GRINGO.— ¿Qué le voy a decir? Ya sabe, ¿no?... Va a llorar y yo, por último, ¿qué le...? No tengo nada que decirle. (*Se pone el reloj pulsera, que está en el velador.*)

OLGA.— Es para que se quede tranquila.

GRINGO.— Háblale tú, mejor.

OLGA.— Ya hablamos... Pero, en realidad, no vayas. Le diré que tienes que hacer hasta tarde. Si quieres le digo que venga ella, un día.

GRINGO.— (*Sin entusiasmo.*) Claro. Podría ser. (*Se sienta en la cama y saca un cigarro.*)

OLGA.— No pienses más en eso.

GRINGO.— (*Ofreciéndole un cigarrillo.*) ¿Quieres? Ah, de veras que tú no fumas... Menos mal que no me di cuenta de que estaba aquí, capaz que... (*Enciende su cigarrillo.*) Ya estás grandecita, puedes hacer lo que quieras, puedes equivocarte sola.

OLGA.— Sí... Me voy al baño. (*Golpea la puerta.*)

GRINGO.— (*Levantándose de un salto.*) ¿No será ella, otra vez?

OLGA.— No creo... Abre. (*Él se decide y abre la puerta.*)

GRINGO.— (*Aliviado.*) ¡Tú!

VÍCTOR.— (*Afuera.*) ¡Quiubo!

GRINGO.— ¡Me diste un susto! Creí que... (*Entra Víctor. Es un poco más bajo que Hjalmar, moreno y de rostro simpático.*)

VÍCTOR.— ¿Te cuento...? (*Ve a Olga.*)

GRINGO.— (*Orgulloso.*) Te presento a Olga. Este es Víctor.

OLGA.— (*Dándole la mano.*) ¡Qué vergüenza! Perdona la facha.

VÍCTOR.— No, si está bien. Es decir, excelente. (*Olga y el Gringo ríen.*)

GRINGO.— Este es como de la familia, como un hermano menor.

VÍCTOR.— ¿Sabís lo que hizo tu hermano menor?

GRINGO.— ¿Qué?

VÍCTOR.— Conseguí que me entregaran la Norton.

GRINGO.— ¡No!

VÍCTOR.— Sí, ¿no te digo?

GRINGO.— ¿Ya la tenís?

VÍCTOR.— (*Lo lleva hacia la ventana.*) Mira.

GRINGO.— (*Mirando hacia abajo.*) ¡Qué salvaje! Se ve nuevecita.

VÍCTOR.— Es casi nueva.

GRINGO.— (*A Olga.*) Es una moto. Yo sueño con tener una moto, ¿sabís tú? (*Vuelve a mirar hacia abajo.*) No voy a descansar hasta tener una. ¿En cuántas cuotas te salió?

OLGA.— Con permiso... Vuelvo al tiro. (*Entra al baño.*)

GRINGO.— (*Después de una pausa.*) ¿Y? ¿Qué te parece?

VÍCTOR.— ¡Salvaje! ¡Se ve nuevecita!

GRINGO.— (*Le pega un puñetazo amistoso, riendo.*) ¡Cuidado, idiota, que te va a oír!

VÍCTOR.— Hablando en serio, es mortífera. ¿Y? ¿Se va a quedar?

GRINGO.— Sí (*sin aliento, por la risa; suspira*), se va a quedar.

VÍCTOR.— Oye, dime, ¿esta cabra es sola?

GRINGO.— No, vive con la mamá... Vivía... La vieja estuvo aquí esta mañana. Por suerte yo estaba en el baño y no supe hasta después, que si la llego a ver, me tiro por la ventana.

VÍCTOR.— Todas las mamás lloran el primer día, pero después se acostumbran y terminan felices de la vida. Vái a ver.

GRINGO.— (*Tomando la mesa de un extremo.*) Ayúdame a correr esto, ¿querís? (*Víctor toma la mesa por el otro extremo y la ponen en medio de la habitación.*)

VÍCTOR.— Así que por fin atinaste, ¿ah, Gringo?

GRINGO.— (*Sonríe.*) ¿Y... cómo sabís que estoy enamorado de verdad?

VÍCTOR.— Re fácil. Porque, si no, no te la habríai traído p'acá. Ocasiones para traerte una gansa no te faltaron y, sin embargo, como decía el poeta, esta es la primera. ¡Bien dije la cabra!... Me alegra que hayái seguido mis consejos, ¿viste?, ¡si no hay que complicarse tanto!... Y hora los amigos, ¿para qué, pues? Bien, gracias. Nada de salir a carretear. Hay que tener valor para hacer eso. Hay que tener pasta de dueño de casa, como tú, Gringo.

GRINGO.— No creai que tengo mucha.

VÍCTOR.— Te conozco, Gringo, te conozco. Donde mejor lo pasái es aquí, o corriendo en moto. Con tal de que no te salga buena para las fiestas, nomás...

GRINGO.— ¿La Olga? No. De vez en cuando un bailoteo, eso sí. ¿A quién no le gusta bailar?

VÍCTOR.— (*Ríe.*) ¡Te estoy viendo en un año más, Gringo! ¡Lavando platos!, ¡o pañales!

GRINGO.— Ríete, nomás. Ya me tocará reirme a mí.

VÍCTOR.— ¡Ah, no! A mí, nada de amarras. ¿Creís que soy güevón? La vida es muy corta para quedarse en un mismo lugar con una misma persona. Yo, dentro de un año, ¡a los Iunate Estates! ¡Vái a ver! Aunque sea de ascensorista en un rascacielos. Y cuando ya no me quede nada por ver, entonces me voy a casar.

GRINGO.— Entonces no te vai a casar nunca.

VÍCTOR.— ¿Te imaginái que uno se entusiasme, se case y después se arrepienta?... Lo que pasa es que hay que encontrar a la persona justa. Y yo no la he encontrado... (*Toma el pañuelo estampado de Olga.*) A lo mejor, cuando la encuentre... ¡No, no! Yo no soy para eso, Gringo. Toda la gente no es igual.

GRINGO.— Erei muy cabro, todavía.

VÍCTOR.— ¡Viejo! ¡Soy un viejo!

GRINGO.— Yo, en estos dos años, he cambiado. Antes era como tú, quería recorrer el mundo. Y ahora me conformo con un pedazo chico de mundo. Uno se acostumbra a las cosas... Cuando llegué de Valdivia, creí que no iba a acostumbrarme nunca a que no lloviera. Y ahora no me importa... Dentro de dos años no te va a importar si estai en los Estados Unidos o no.

VÍCTOR.— Cállate, mejor, Gringo. Ya me vai a apestar. No me vengai a decir que pensai seguir en la Empresa toda la vida. Yo no, ¡ni cagando!

GRINGO.— ¿Y qué vai a hacer?

VÍCTOR.— Pa empezar voy a estudiar inglés, yeah, ¡y a viajar se ha dicho! Por último me voy de marino en un barco.

GRINGO.— En serio, digo yo.

VÍCTOR.— ¡En serio, pues! Soy patiperro.

GRINGO.— Puras cabeza' e pescao. Tú sabís que no lo vai a hacer.

VÍCTOR.— Espérate, nomás, ¡ya vai a ver! ¿Y tú?

GRINGO.— (*Ríe.*) ¡Sería divertido que siguiéramos en lo mismo!

VÍCTOR.— ¿Divertido? ¡Mortífero! (*Entra Olga. Se ha vestido y arreglado. Está en su mejor momento.*)

OLGA.— ¿Tomemos desayuno?

GRINGO.— Ya.

OLGA.— (*A Víctor.*) Tú tomái café puro, ¿no?

VÍCTOR.— Sí, gracias. (*Le acerca una silla.*)

OLGA.— Gracias. ¿Dos cucharadas de azúcar?

VÍCTOR.— Sí. (*Los jóvenes quedan frnete a frente y ella entre los dos.*)

OLGA.— ¿Y tú, Gringo?

GRINGO.— Dos, también.

OLGA.— Encontré dos cucharitas, nomás.

GRINGO.— Es que hay dos, nomás. Usemos la misma.

OLGA.— Ya. (*Le entrega su cucharita al Gringo. A Víctor.*) Tú trabajái en la misma Empresa del Gringo?

GRINGO.— Sí. (*A Víctor.*) ¿Trajiste el pan?

VÍCTOR.— Claro. ¿Dónde lo dejé? (*Busca.*) No me acuerdo.

GRINGO.— (*Buscando a su alrededor.*) No lo trajiste, seguro. Con la moto te olvidaste de todo lo demás.

VÍCTOR.— ¡Si lo compré!

OLGA.— Parece que no traiai nada.

VÍCTOR.— A ver... (*Mira por la ventana.*) ¡Mira si seré güevón!

GRINGO.— (*Mirando.*) Lo raro es que no se lo hayan llevado. (*A Olga.*) Lo dejó sobre el asiento de la moto.

VÍCTOR.— Lo voy a ir a buscar.

GRINGO.— No, tú te quedai aquí. Me gusta subir y bajar escaleras.

Es un buen ejercicio para las piernas. (*Sale.*)

OLGA.— Siéntate.

VÍCTOR.— Gracias... El Gringo es tan distraído, seguro que ni te avisó que yo iba a venir.

OLGA.—No, si me dijo...

VÍCTOR.— Como en la pensión no me dan desayuno a esta hora, me vengo para acá todos los días... A lo mejor no debería de haber venido... Si molesto...

OLGA.— ¡No!, ¿cómo se te ocurre?

VÍCTOR.— En serio, si molesto, dime, nomás, con confianza.

OLGA.— Al contrario, pues... Siéntate, por favor.

VÍCTOR.— Gracias. (*Se sienta.*)

OLGA.— (*Leve pausa.*) Vives al frente, ¿no?

VÍCTOR.— En la puerta donde está la moto.

OLGA.— Ah. (*Pausa.*)

VÍCTOR.— ¿Tú vives en el centro, también?

OLGA.— Sí. En la calle San Francisco con Tarapacá.

VÍCTOR.— Te va a gustar este barrio.

OLGA.— Sí... son tan bonitos los árboles.

VÍCTOR.— Súper... Cuando hay sol, pisco el diario y me voy al Parque a leer. Y siempre me quedo dormido. (*Ríe.*)

OLGA.— Debe ser cansador el trabajo de ustedes.

VÍCTOR.— Claro, ¡es bien pesado! Sobre todo el turno en la noche.

OLGA.— Me imagino.

VÍCTOR.— Yo partí acarreando muebles. Es una Empresa de Mudanzas. Hace un año me ascendieron a chófer, gracias al Gringo. No creo que vaya a durar mucho en esto, pero, en fin... A falta de pan, buenas son las tortas.

OLGA.— ¿No te gusta?

VÍCTOR.— Poco. Voy a trabajar en lo que sea hasta encontrar el trabajo justo para mí.

OLGA.— ¡Uf!, encontrar lo mejor es muy difícil. Es cuestión de acostumbrarse.

VÍCTOR.— No estamos de acuerdo en eso. El que busca encuentra, dicen.

OLGA.— Así dicen... (*Se miran un instante; luego él reacciona, turbado.*)

VÍCTOR.— Y... eh... (*Se golpea la frente.*) ¡Bah!, ¿qué estaba diciendo?

OLGA.— Eso de encontrar el trabajo que...

VÍCTOR.— ¡Ah, sí!... Yo creo que cuando uno hace lo que realmente quiere... lo malo es que... eh... yo no sé lo que quiero... todavía... (*Ríe.*)

Estoy igual que el Gringo, que nunca sabe explicar lo que quiere decir. Pero él sabe lo que quiere hacer. Lo envidio mucho por eso.

OLGA.— (*El nombre del Gringo rompe el encanto.*) Se le va a enfriar el café. (*Tapa la taza del Gringo con el platillo.*)

VÍCTOR.— ¡Qué lesera haberme olvidado del pan!

OLGA.— Si no importa.

VÍCTOR.— Es que estaba, estoy, tan entusiasmado con la moto. Ahora voy a tener que estar a pan y agua para pagarla, pero vale la pena... Seguro que el Gringo le está revisando hasta la última tuerca... Es de segunda mano, de tercera, pero está en muy buen estado. El descueve. La dueña de la pensión me alegó más, ayer, cuando llegué con la moto. ¡Es una vieja súper rayada! Dice que fue artista cuando era lola, pero ahora, la viérai, es la mujer más gorda que he visto gratis. (*Los dos ríen.*)

OLGA.— ¿Sabís una cosa?... Te parecís a mi papá... por eso...

VÍCTOR.— ¿A tu papá?

OLGA.— Cuando era joven, claro. Por las fotos. En los ojos, sobre todo... el color. Por eso me parecíai familiar...

VÍCTOR.— Tú también me erei cara conocida, pero no te parecís a mi mamá. (*Ríen.*) En serio, yo te conocía...

OLGA.— ¿Sí? ¿De dónde?

VÍCTOR.— De vista, digo. En la fiesta de la Julita, cuando conociste al Gringo.

OLGA.— Eso fue hace tiempo.

VÍCTOR.— No tanto, dos o tres meses, ¿no?... Bailaste toda la noche.

OLGA.— ¿Tú no?

VÍCTOR.— Yo también bailaba... ¿Te gustan las fiestas?

OLGA.— Según.

VÍCTOR.— ¿Según qué? (*Entra el Gringo. No trae el pan.*)

GRINGO.— ¡Increíble pero cierto! No estaba el pan. Mientras bajaba la escalera se lo choriaron. (*Sentándose.*) Bueno, nos quedamos sin pan.

OLGA.— Tómame el café, está helado. (*Se levanta y lleva la tetera al estante.*) Si quieres caliente el agua.

GRINGO.— No, si no importa. Estuve mirando la moto, oye. Parece nueva. El forro del asiento, nomás, se lo vai a tener que cambiar.

VÍCTOR.— Claro, seguro, cuando me saque la Lotería... ¿Te imaginai que me la sacara de verdad?

OLGA.— ¿Tú también comprai números de la Lotería?

GRINGO.— Y de cuanta cosa existe, desde que lo conozco, y nunca se ha sacado nada. Es muy difícil. ¡Hay tanto número!

OLGA.— ¿Cómo sabís? Hay gente que gana.

VÍCTOR.— Y con ciento veinte millones se pueden hacer cosas, ¿no? Poner un negocio, por ejemplo, en que nadie lo mande a uno. Ser el dueño.

GRINGO.— Ya se voló este, otra vez.

VÍCTOR.— (*Sin oír.*) Y comprarse una casa, cosas bonitas... Cuadros..

GRINGO.— (*Incrédulo.*) ¿Qué cosa?

VÍCTOR.— Vi un cuadro re bonito el otro día, uno de esos del remate en Vitacura, ¿te acordai? Había salido como en cinco millones.

OLGA.— ¿Era muy bonito?

VÍCTOR.— Si yo tuviera harta plata, lo habría comprado.

GRINGO.— Es una lesera pensar en esas cosas, encuentro yo.

VÍCTOR.— ¿Por qué?

GRINGO.— Porque es una lesera mirar lo que no se puede tener.

VÍCTOR.— No, poh, al revés. Las cosas que no se pueden tener son las que más le gustan a uno. ¿Nunca has querido tener algo y no has podido?

GRINGO.— Claro, la moto. Pero sé que es custión de esperar un tiempo, nomás. La voy a tener, tú sabís que sí. Estoy seguro y no me hago ningún problema con el asunto.

VÍCTOR.— ¡Heil Hitler! Lo que yo quiero decir es que mientras más dificultades hay para conseguir una cosa, más deseos dan de conseguirlo.

GRINGO.— Según eso, entonces, todo el mundo andaría loco por conseguir algo, porque no hay nada fácil de conseguir.

VÍCTOR.— ¡Claro que hay!

GRINGO.— ¡Que valga la pena, digo yo!

VÍCTOR.— Sí, poh, si fuera fácil no valdría la pena... Y es cierto, todo el mundo anda loco por conseguir algo... todo el mundo.

GRINGO.— ¿Qué cosa?

VÍCTOR.— ¡Qué sé yo, poh!

OLGA.— La felicidad.

VÍCTOR.— Eso mismo. Y para unos la felicidad consiste en tener plata, o ser famosos o... o tener una moto.

GRINGO.— No fui yo el que se compró la moto, ¿no?

VÍCTOR.— Puchas que nos pusimos densos, nos vamos a quedar pelados de tanto pensar. (*Ríen.*)

OLGA.— ¿No se les va a hacer tarde? Son casi las siete y media.

GRINGO.— (*Levantándose.*) ¡Por la chupalla! Nos vamos a tener que apurar. (*A Olga.*) ¿En qué quedamos, entonces?

OLGA.— ¿Me vai a ir a buscar pa' traer mis cosas?

GRINGO.— Te llamo por teléfono, como a las cuatro, al negocio.

OLGA.— Ya. (*El Gringo va al clóset, saca una parka y se la pone.*)

VÍCTOR.— ¿Tiene un negocio?

OLGA.— Sí. En el Pasaje Matte. Cosas de lana.

VÍCTOR.— Ah. Es buen negocio eso.

OLGA.— Sí, es bueno, en invierno... Si se le ofrece algo...

VÍCTOR.— Con la moto no voy a poder por el momento.

OLGA.— Le fío, pues.

GRINGO.— (*Junto a la puerta.*) Algo se me olvida.

VÍCTOR.— Los anteojos ahumados. (*A Olga.*) Se le olvidan todos los días.

GRINGO.— (*Saca los anteojos del cajón del velador.*) Listo, vamos a tener que irnos volando.

VÍCTOR.— Volemos, pues.

GRINGO.— (*Besa a Olga.*) Hasta luego.

OLGA.— Chao.

VÍCTOR.— Chao.

OLGA.— Hasta luego. (*Los dos hombres salen.*)

GRINGO.— (*Afuera, alejándose.*) ¡Hasta la tarde!

VÍCTOR.— (*Alejándose.*) Apúrate, Gringo, oh... (*Olga cierra la puerta. Se acerca a la ventana y mira hacia abajo. Se escucha el ruido de la moto, que parte y se aleja, hasta desaparecer. Olga toma su pañuelo y se sienta en la cama. Afuera hay sol y de la calle comienzan a llegar ruidos de bocinas, conversaciones lejanas y todos los sonidos de la ciudad que se despierta.*)

Telón.

Segundo acto

Tres meses después, un día domingo en la tarde. El departamento ha cambiado. Todo está en orden, la mesa está cubierta por un mantel y hay flores sobre el estante. Los recortes en la pared han sido reemplazados por un par de cuadritos. Por la ventana se filtra el amarillento sol de la tarde. La mesa está en el centro de la habitación. En un extremo está Olga, tejiendo. En el otro, Regina, terminando de pintarse las uñas. Está cambiada, el día anterior ha ido a la peluquería y se ha vestido cuidadosamente. Olga, en cambio, se ve algo abatida.

REGINA.— (*Soplándose las uñas.*) Esto no se seca nunca... ¿Qué hora es? Tengo que ir a vestirme, todavía, y son más de cuarenta minutos de viaje.

OLGA.— Van a ser las seis.

REGINA.— ¿Y a qué hora termina el partido?

OLGA.— Ya terminó. Deben venir de vuelta.

REGINA.— El Gringo no se pierde uno, ¿ah?

OLGA.— Siempre que le toque el domingo libre... Hoy tienen una mudanza en la noche, por eso pudo ir.

REGINA.— ¿En la noche? ¡Qué cosa más rara!

OLGA.— Es algo que les quedó de ayer. Unos roperos antiguos en Lo Barnechea. Me parece.

REGINA.— (*Pausa.*) Y ese niño, el Víctor, se lo pasa aquí, ¿ah? Lo he visto mucho más a él que al Gringo.

OLGA.— Sí... Toma onces con nosotros, a veces... Como vive al frente.

REGINA.— Oye... te guste o no te guste, te voy a decir una cosa. No es por pelear, ni nada, pero... No pareces muy contenta... Cuéntame.

OLGA.— No me pasa nada.

REGINA.— No me mientas, si te conozco.

OLGA.— (*Impaciente.*) ¿No le digo que estoy bien? ¿Qué quiere que le diga?

REGINA.— (*Observándola.*) Estás más delgada.

OLGA.— Y eso, ¿qué tiene que ver? ¡Estoy muy bien! Con mi eterno resfrío, claro, pero nada más.

REGINA.— Tienes que cuidarte.

OLGA.— (*Cansada.*) Si me cuido... Lo que pasa es que... con los nervios que tiene con su comida, ve cosas que no hay.

REGINA.— No estoy nerviosa. ¿Crees que es la primera vez que me invitan a comer?... Y el Ignacio, no te creas que es como para desmayarse, tampoco. Es bastante corriente. Simpático, eso sí, muy simpático... ¿Tú crees que no debería ir a esa comida?

OLGA.— ¿Por qué no?

REGINA.— No sé... En fin, ya acepté la invitación, no me puedo arrepentir. Insistió tanto el otro día, en la casa de la Hilda. Pensé que... necesito distraerme, de vez en cuando. ¡La Hilda cree que estamos por casarnos, poco menos, y me hace un gancho, la vieras tú!... Es un pan de Dios la Hilda. A los chiquillos no me acostumbro nada, son espantosos, lo único que saben son las películas, la música a todo dar, el bailoteo y todas esas cosas. ¡Me enferman! ¡La juventud de hoy día! No saben nada de nada, ni de música... Por eso, a veces, echo de menos el departamento... Pero me sentía tan sola. Una se puede morir y nadie sabe. No podía dormir, los primeros días, pensando en eso. Así que cuando la Hilda me dijo que me fuera a su casa, ¡imagínate!, le acepté al tiro... El Ignacio es cuñado de ella... Está separado de su mujer. Dicen que ella lo engañaba, creo que fue un drama horrible. Por eso ahora están separados y creo que van a anular el matrimonio... (*Pausa. Mira a Olga. Se mira las uñas.*) Y el Gringo, ¿cómo se ha portado?

OLGA.— (*Con un entusiasmo ligeramente artificial.*) ¡Estupendo! Usted sabe cómo es, ¡tan bueno! Siempre me trae cosas... Va a ver cómo va a llegar ahora.

REGINA.— Y... ¿no le has hablado de casamiento?

OLGA.— No... pero él me ha hablado.

REGINA.— ¡¿Y cómo no me habías dicho nada?!

OLGA.— Porque... ahora me estoy haciendo de rogar. Le dije que

esperáramos un tiempo más... Dejó de mandarle plata a su familia, a Valdivia... hace como dos meses. Ellos no necesitan, el Gringo les mandaba para que no dijeran que era un inútil, pero... ahora quiere casarse conmigo.

REGINA.— Pero, niñita, ¡por el amor de Dios!, francamente no la entiendo. ¡Deberías haberle dicho que sí, antes que...! ¿O ya no lo quieres?

OLGA.— (*Pausa.*) Lo quiero... Claro que sí. Pero es mejor esperar.

REGINA.— ¿Qué?

OLGA.— Esperar.

REGINA.— ¡Me enferma cuando te haces la misteriosa! Si el Gringo quiere casarse contigo y tú lo quieres tanto, como dices, lo más lógico es que se casen. ¡Ah, ya! No te ha dicho nada. Estabas inventando. No puedes haber hecho algo tan absurdo.

OLGA.— Me dijo que iba a juntar plata para comprar un juego de dormitorio, entonces yo le dije que se comprara lo que él quería, mejor, una moto. Y se va a comprar la moto.

REGINA.— Si has hecho eso es que no tienes el menor sentido de las proporciones. ¿Crees de veras que te va a estar rogando? ¡Ni te lo sueñes! Si a él le da lo mismo estar casado o no.

OLGA.— Si no le importa casarse, ¿por qué me lo pidió, entonces?

REGINA.— ¡No tienes el menor sentido de la moral, eso es lo que pasa! ¿Crees que no me da vergüenza cuando me preguntan por ti, que cómo estás? Si todos saben. La Marta se encargó de hacerlo correr, ¡con la lengua que tiene! Y ella prefiere seguir así, antes que casarse, como Dios manda.

OLGA.— Siempre terminamos peleando.

REGINA.— Y, si sigues con esa manerita de pensar, no terminaremos de pelear nunca. ¡Dónde se ha visto! Parece que te gustara pasar por una persona poco decente.

OLGA.— No sigamos, ¿quiere?

REGINA.— Falta de educación no ha sido. De tanto consentirte te pusiste así. Tu padre tuvo la culpa.

OLGA.— No hable de mi papá. Nunca hizo nada malo.

REGINA.— (*Lenta.*) Algún día te voy a contar cosas sobre él que no

sabes... ni te imaginas. (*Olga se acerca a ella, extrañada. Golpean a la puerta y Olga la abre. Entra Víctor.*)

OLGA.— ¡Quiubo!

VÍCTOR.— Hola... (*A Regina.*) Buenas...

REGINA.— ¿Cómo le va, Víctor? ¿Y el Grin...? ¿Y Hjalmar?

VÍCTOR.— Viene altiro. Fue allí, nomás, al servicentro de la esquina, a revisarle el arranque a la moto. Algo raro tiene. Y no me quiso soltar los paquetes con que andaba. Quiere traerlos él, llegar como viejo'e Pascua.

OLGA.— Así que le va a vender la moto...

REGINA.— ¡Ah, usted le va a vender la moto!

VÍCTOR.— Sí. Yo... voy a necesitar la plata. Me voy a Valparaíso, ¿sabe?... Me aburrí de este trabajo. Tengo un tío allá y quiero poner una de esas fruterías modernas, un minimarket, a medias con él.

OLGA.— (*Con un hilo de voz.*) ¿Y cuándo se va?

VÍCTOR.— A fines de mes.

OLGA.— Ah...

REGINA.— Falta poco, entonces. Yo fui una vez a Valparaíso con la niña. Tenía cerca de cuatro años, creo. ¡Tanto tiempo que ha pasado! (*A Víctor.*) Le dio fiebre aftosa, fíjese, y la tuvimos que pelar al rape a la pobrecita. Teníamos una empleada que se llamaba Isabel y, cuando la niña se quedaba solita en alguna parte, iba hasta la puerta del jardín y la llamaba. Pero como no podía decir Isabel, gritaba toda llorosa: «Isa, Isa, ven a buscar a tu pelaíta».

OLGA.—Le cuenta esa historia a todo el mundo.

REGINA.— ¡Es que es tan tierna!, ¿no halla? Imagínese, a gritos por la casa: «¡Isa, Isa, ven a buscar a tu pelaíta!».

OLGA.— ¡Mamá!

REGINA.— ¿Y por qué te da vergüenza? Fue hace tantos años... Una ni se entera como pasa el tiempo... (*Mira su reloj.*) ¡Uy qu'és tarde! Voy a tener que apurarme. Con permiso. (*Entra al baño y cierra la puerta. Larga pausa.*)

OLGA.— Así que te vas.

VÍCTOR.— Sí.

OLGA.— ¿Por qué?

VÍCTOR.— Tú sabes.

OLGA.— No sé.

VÍCTOR.— Me voy por... por el Gringo. Yo, antes que hacerle pasar un mal rato al Gringo, prefiero irme a cualquier parte. ¡Es un gallo macanúo!, ¿no?... Para mí es como un hermano... Cuando lo conocí yo era la persona más inútil del mundo, mucha fiestanga, cerveza... y todo eso. Recién me había retirado de un trabajo, para que no me echaran, y él me hizo ver que podía hacer cosas... Y nada de consejos, ¿ah? Me invitaba a tomar una Malta y a conversar... Es lo que yo llamo un tipo sano y, sobre todo... un tipo serio. En el fondo yo soy serio, también. Yo creo que por eso hemos llegado a ser tan amigos. Y cuando se juntan tres personas serias, lo único que puede ocurrir son cosas serias.

OLGA.— Sí... Yo creo, también.

VÍCTOR.— Y si me quedo aquí voy a terminar por desilusionarlo. No es eso justamente, pero...

OLGA.— Yo entiendo.

VÍCTOR.— Hay gente que tiene buena suerte y otros que tienen mala... eso es todo.

OLGA.— Sí.

VÍCTOR.— Si fuera cualquier otra persona, no me importaría, ¡pero es él!... Y si te he dicho esto es porque creo que tú sentís... que tú sientes... Era la última ocasión... Mañana no voy a venir porque... prefiero no venir más.

OLGA.— ¿No vas a venir mañana?

VÍCTOR.— Es mejor que no. No se puede hacer nada.

OLGA.— No sé... A lo mejor hay... una manera.

VÍCTOR.— ¿Cuál?

OLGA.— No sé... Debe haber una manera...

VÍCTOR.— Todos los días el Gringo me cuenta lo feliz que es. Lo que te quiere.

OLGA.— Pero yo...

VÍCTOR.— (*Interrumpiéndola, angustiado.*) Tú no sabías lo que fue

encontrarlo, para mí... es decir, fue como nacer de nuevo... Me convenció de que diera el examen en la Empresa, para conseguir el puesto, ¡hasta me prestó plata! Y todo porque... porque es bueno. Me vio desesperado y me ayudó. Cuando te trajo aquí... (*La mira.*) Han pasado tres meses... Cuando te trajo estaba tan complicado. Como no podía casarse, todavía, pensaba que no debía traerte... Y yo le dije: «Dile, nomás, si ella acepta es porque quiere»... (*Mira el suelo.*) Y fue una gran suerte porque así pude conocerte... y muy mala suerte, también, porque... (*Olga se acerca muy lentamente a él.*) Así es que el único remedio es irse. (*La mira.*) Y las cosas que quisiera decirte, no las voy a poder decir nunca... Ahora, es como si nos estuviéramos despidiendo, aunque después tomemos onces y conversemos... Va a ser la última vez. (*Están peligrosamente cerca. Entra Regina y la pareja se separa sin brusquedad.*)

REGINA.— (*Dirigiéndose hacia la mesa, donde ha dejado su cartera.*)

Los polvos... (*Olga retoma su tejido.*)

VÍCTOR.— Bonita la chomba, ¿es para el Gringo?

OLGA.— Sí...

VÍCTOR.— Al Gringo le gustan las chombas gruesas... Voy a abrigarme un poco más, ¿alcanzo a ir? En la noche hace frío y terminamos tarde.

REGINA.— No puedo entender que hagan mudanzas un domingo en la noche.

VÍCTOR.— Una serie de problemas juntos. No había otra forma.

REGINA.— Qué sacrificado. (*Saliento con la polvera en la mano.*)

Con permiso, ya vengo. (*Entra al baño.*)

OLGA.— Me dio tanta vergüenza, endenantes, cuando mi mamá empezó a contar esa historia de cuando yo era chica. Todo el mundo se la sabe de memoria.

VÍCTOR.— ¿Cómo era que gritabas?..»..Isa, ven a buscar a tu pelaíta». ¿Así?

OLGA.— No te acuerdes... Era cuando me quedaba sola y tenía miedo. Era una casa tan grande y tan oscura, me parecía el mundo entero... En el jardín había un manzano muy viejo...

VÍCTOR.— Y ahora, cuando tienes miedo, ¿qué dices?

OLGA.— Nada. Ahora soy grande. (*Se abre la puerta de entrada y aparece Hjalmar, con varios paquetes: pasteles, galletas y frutas, una revista deportiva y dos botellas de cerveza.*)

GRINGO.— Quiubo, quiubo. (*Entregándole los paquetes a Olga.*)

Tome. Para usted, para usted y para usted.

OLGA.— Te vuelves loco comprando cosas.

GRINGO.— (*Al dejar las botellas de cerveza sobre la mesa, ve la cartera de Regina.*) Tu mamá no se ha ido todavía, ¿ah?

OLGA.— No. Está en el baño, arreglándose para irse. Tiene una comida.

GRINGO.— Ah. (*Deja la revista y la casaca sobre la cama. Se pasa la mano por el pelo.*) Siempre me da un poco de susto. Las suegras son todas medio temibles. (*Ríe.*)

OLGA.— (*Abriendo los paquetes.*) ¿Para qué trajiste tanta cosa? No te va a quedar nada para fin de mes.

GRINGO.— Es que, con tanto gritar en el partido, ¡me dio un hambre!

OLGA.— (*Por decir algo.*) Voy a preparar las onces.

GRINGO.— (*A Víctor.*) Y a ti, ¿qué te pasa? Yo daba bote con cada gol que metían y tú ni pestañeabai. ¿Estái enfermo?

VÍCTOR.— No... Estoy cansado. Dormí mal. (*Regina sale del baño.*)

REGINA.— ¿Cómo le va, joven? Medio perdido andaba.

GRINGO.— ¿No les dijo Víctor? Fui a revisar la moto, a la esquina, la dejé allá... ¿Cómo ha estado usted?

REGINA.— De lo más bien. Ahora tengo una comida, esta noche. Me invitó Ignacio Ruiz, un señor jubilado de los Ferrocarriles, así es que no me voy a poder quedar a tomar té (*mira el reloj*) que, por lo que veo, van a ser onces-comida parece... Me lo he pasado la tarde entera mirando el reloj.

GRINGO.— Pero todavía falta mucho rato para la hora de comida.

REGINA.— Es que tengo que ir a la plaza Egaña, ¡figúrese! Ir y volver.

GRINGO.— Es que para qué se fue a vivir tan lejos, también, pues.

REGINA.— Para no estar sola, por eso. (*Silencio incómodo.*)

VÍCTOR.— (*Tratando de romper la tensión.*) Vamos a tener que formar el Club de los Guachos, ¿ah?

REGINA.— ¿Usted anda guachito?

VÍCTOR.— Totalmente botado.

REGINA.— (*Se pone el abrigo, ayudada por el Gringo.*) ¡Pobrecito! Pero no se preocupe, en Valparaíso va a encontrar compañía al tiro. Va a ver.

GRINGO.— Te van a perseguir con lazo las porteñas. Pero no te dejés cazar, que, cuando te cazan, ¡uno está frito !

REGINA.— Mire, los consejos que le da. No le haga caso, Víctor, se queja de puro lleno. Bueno, ahora me voy.

GRINGO.— ¿Así que no se va a quedar a tomar onces?

REGINA.— Si no voy a poder. ¿Que no le conté la historia?

VÍCTOR.— Yo la acompaño hasta abajo. Voy a mi casa a ponerme algo más grueso. ¡En la noche hace un frío!

REGINA.— (*Besando a Olga.*) Hasta luego, y piensa en eso de que hablamos.

OLGA.— Sí. Hasta mañana.

GRINGO.— (*Abriendo la puerta y dándole la mano a Regina.*) Hasta luego... y perdone la demora.

REGINA.— Hasta luego.

VÍCTOR.— (*Al Gringo.*) Vuelvo al tiro. (*Regina y Víctor salen.*)

GRINGO.— (*Cerrando la puerta.*) Chao. (*Se saca el suéter.*) Yo también me voy a cambiar, esta camisa es muy delgada... Pero hace calor aquí adentro. Está temperado.

OLGA.— Tu camisa no tiene ningún botón.

GRINGO.— Tiene uno.

OLGA.— Esta noche le voy a pegar los demás.

GRINGO.— Ya. (*Se acerca a ella y la besa en el cuello. Olga se aparta bruscamente.*) ¿Qué pasa?

OLGA.— Víctor va a volver.

GRINGO.— Sí, pero...

OLGA.— ¿Estuvo bueno el partido?

GRINGO.— Sí, pero empataron... Fíjate que cuando estaba en el Estadio, no sé por qué, me acordé de una cosa, tú te vas a reír, una tontera que le hacía a las cabras con que pololeaba, en Valdivia... Una prueba de amor, decía yo... (*Cierra los ojos.*) ¿De qué color tengo los ojos?

OLGA.— (*Desconcertada.*) ¿De qué color?

GRINGO.— Sí.

OLGA.— (*Vacila.*) Eh... Cafés.

GRINGO.— (*Intenta mantener la sonrisa.*) ¿No has notado nada más?

OLGA.— (*Simulando gran seguridad.*) No, claro que no. Tienes los ojos café. ¡Abrelos! (*Él abre los ojos y ella lo mira.*) Tienes un ojo café y el otro verde...

GRINGO.— (*Tratando de sonreír.*) No te habías fijado.

OLGA.— No.

GRINGO.— Bueno... no se nota demasiado. Cuando cabro yo pensaba que eso me hacía muy diferente a los demás. Pero claro, no se nota mucho.

OLGA.— Ahora no sé cómo no me había fijado.

GRINGO.— A lo mejor no me habías mirado hasta ahora... (*Se saca la camisa y busca otra en el clóset. Saca una camisa de lana y se la pone. Tiene pocos botones, pero no dice nada.*) Parece que somos pocas las personas que tenemos los ojos así. Cuando chico la diferencia de color se notaba más y la gente se lo pasaba mirándome a los ojos y diciendo: «¡Qué raro!». (*Se acerca a Olga.*) ¿Cómo va ese tejido?

OLGA.— (*Que ha empezado a tejer otra vez.*) Estoy empezando la manga.

GRINGO.— No tejas ahora, hasta que me vaya, ¿ya? (*Le quita el tejido con suavidad.*) ¿Quieres fumar?

OLGA.— Bueno. (*Él enciende dos cigarrillos y le pasa uno.*)

GRINGO.— Cuéntame algo.

OLGA.— ¿Qué?

GRINGO.— Cualquier cosa.

OLGA.— No se me ocurre nada... Dormí mal.

GRINGO.— Sí, cuando yo llegué, anoche... estabas hablando en sueños.

OLGA.— ¿Dije algo?

GRINGO.— Claro.

OLGA.— ¿Qué?... ¿Qué dije?

GRINGO.— Algo terrible. Conozco todos tus secretos.

OLGA.— (*Leve pausa.*) ¿Cuál, por ejemplo?

GRINGO.— (*Ríe.*) No, si no entendí... Tú no has querido decirme nada, pero yo sé que algo te pasa. Estás nerviosa y callada conmigo. No es como antes... Estás como cansada.

OLGA.— (*Débilmente.*) No... Es que me he sentido un poco mal.

GRINGO.— Claro, pero aparte de eso... Yo te quiero, me gustaría ayudarte en lo que fuera. Somos marido y mujer.

OLGA.— No nos hemos casado, Gringo.

GRINGO.— ¿Es por eso? (*Se arrodiilla a su lado.*) ¡Pero si te dije! A fin de año nos vamos a casar. (*Olga llora.*) ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras? ¿Qué pasa?

OLGA.— (*Llorando.*) No me voy a casar contigo, Gringo, no me voy a casar.

GRINGO.— ¿Por qué no? ¿Qué pasa? ¿Tienes que decirme!

OLGA.— No puedo casarme contigo, no puedo... (*Casi gritando.*) ¡Ojalá no hubiera venido nunca! ¡No sé cómo pude aguantar! Estoy cansada... ¡Estoy tan cansada!

GRINGO.— (*Acariciándola.*) ¿Qué pasa? No llores.

OLGA.— (*Se aparta violentamente, gritando.*) ¡Suéltame! ¡No me toques! ¡No quiero verte nunca más! ¡No te quiero! ¡Nunca te quise! (*Él se queda anonadado.*) ¡Todos los días pensaba: hoy le voy a decir, hoy le voy a decir!... Y el tiempo pasó. ¡Pero ya no puedo más!... No puedo seguir haciendo como que te quiero mucho, porque no es verdad. (*Llora desesperadamente sobre la cama.*) Vivíamos juntos y no me atrevía a decirte nada. No sé qué pasó... de repente... me sentí como perdida, otra vez... (*Lo mira.*) No estés así, por favor... Traté de decirte. ¡Traté!... Pero ¿cómo? (*Él se levanta y se dirige hacia la puerta. Olga corre hacia él y lo sujeta con fuerza.*) ¡No te vayas! ¡Tengo que explicarte! ¡Tienes que entender!... Yo creí que esto era la felicidad, no te estaba engañando... Yo creía sinceramente. (*Lo remece.*) Dime algo. ¡Di algo! (*Él suelta de un tirón.*) Nadie tuvo la culpa... fue algo que pasó... así... y no tiene remedio. Si uno supiera con seguridad lo que debe hacer, lo haría... pero nunca se sabe lo que va a ocurrir. (*Larga pausa.*)

GRINGO.— Te dejaste llevar.

OLGA.— Sí.

GRINGO.— Y te equivocaste.

OLGA.— Es que... parecía la única posibilidad.

GRINGO.— Pero no era.

OLGA.— Me equivoqué.

GRINGO.— Sería bueno que con decir «me equivoqué», todo estuviera arreglado.

OLGA.— Me gustabas mucho, Gringo.

GRINGO.— Pero yo te pregunté si me querías... Y tú... te viniste a vivir conmigo, sin quererme... Y ahora resulta que todo lo que ha pasado este tiempo es mentira.

OLGA.— No te estaba engañando. Yo creía, sinceramente, que esto era lo mejor.

GRINGO.— Pero tú no eres una niñita chica. ¡Sabes lo que haces!, ¡no podías equivocarte así!

OLGA.— Tuvimos mala suerte, Gringo. ¡Yo te habría querido tanto! Pero... apareció él...

GRINGO.— (*Volviéndose hacia ella.*) ¿Él?

OLGA.— Sí.

GRINGO.— ¿Quién?

OLGA.— Yo te lo iba a decir... de todas maneras.

GRINGO.— (*Ronco.*) ¿Quién?

OLGA.— (*Cansada.*) Víctor.

GRINGO.— (*Furioso.*) ¡Eres una mierda!... ¡Tú y él son lo...! (*Se vuelve para irse. Olga lo sujeta.*) ¡Suéltame! (*La coge de los brazos y la empuja al suelo.*) Ahora soy yo el que no quiere saber nada contigo... ¡Uno puede aceptar todo, cualquier cosa, menos que lo engañen!... ¡Y mi amigo del alma, mi gran amigo, mi alma gemela! ¡Cuando lo encuentre le voy a romper el hocico a patadas!

OLGA.— ¡Él no sabe que yo lo quiero, nunca le he dicho nada! ¡Él no sabe!

GRINGO.— Y él ¿tampoco te ha dicho nada?

OLGA.— ¿Qué iba a decir? Se dejaría matar por ti.

GRINGO.— (*Da rienda suelta a su rabia dándole un manotazo a las botellas de cerveza que están sobre la mesa, que se revientan. Eso lo calma levemente.*) Me lo merezco... Siempre fui estúpido, desde chico. Nunca me daba cuenta de lo que todos sabían... A mí es muy fácil engañarme, no me doy cuenta, siempre creo que la gente es limpia y decente, que estoy tratando con personas... y toda la vida me equivoco. ¡Pero ya no voy a ser más el idiota, pierde cuidado! ¡Estoy aprendiendo!... ¡Haz lo que quieras! ¡Dile!

OLGA.— ¡¿Qué le voy a decir?!!

GRINGO.— ¡Que lo quieres! ¡Dile!, ¡no me importa! ¡Ándate con él y revienta! (*Le da un puntapié al piso.*) Por eso me vendió la moto, ¿ah?... ¿Por eso se va?... Ah, se van los dos...

OLGA.— No. No puedo decirle nada. Nos vio vivir juntos.

GRINGO.— ¿Tú crees que le va a importar? ¿Tú crees que a alguien le importa que una persona viva con otra? Si eso ya no significa nada. Ya no tiene importancia. A nadie le importa. Con decirle que no me has querido nunca, listo. Claro que, ¿se puede confiar en una mujer que se va a vivir con un tipo, sin quererlo?

OLGA.— No, claro. No se puede confiar.

GRINGO.— (*Casi dulcemente.*) Pobre. Te tengo lástima... y me tengo una gran lástima a mí mismo, ¡y a todo el mundo!... No me importaría que todo se fuera al diablo. Esto está podrido.

OLGA.— No digas eso.

GRINGO.— Tú me lo enseñaste. Estoy dándote mi lección... (*Con gran tristeza.*) Y mi gran amigo...

OLGA.— Él no sabe que yo lo quiero.

GRINGO.— Ahora es asunto tuyo, no mío. Estoy fuera... me dejaste fuera... Dile. Va a venir. Todavía es tiempo... Yo no abriré la boca.

OLGA.— No puedo, ¡no puedo! ¿Cómo... cómo hacerle entender que...?

GRINGO.— (*Abraza a Olga con desesperación.*) ¡Te quiero! ¡Te quiero tanto!... ¿No se puede... hacer nada? (*Golpes en la puerta. El gringo suelta a Olga lentamente y se sienta en la cama. Olga recoge el piso y va hacia la puerta. La abre. Entra Víctor, que se ha cambiado de ropa. Mira las botellas rotas de cerveza. No lo comenta.*)

VÍCTOR.— Hola.

OLGA.— Hola.

GRINGO.— (*Haciendo un gran esfuerzo.*) Hola.

VÍCTOR.— Tan serios que están.

GRINGO.— Estábamos hablando de cosas tristes. (*Olga saca las tazas, echa el café, el azúcar y el agua caliente.*)

VÍCTOR.— (*Recogiendo una botella de cerveza.*) Mejor hablar de cosas divertidas, ¿no es cierto? Lo malo es que, cuando trato de ser divertido, me pongo espantosamente fome... y cuando debo estar serio, se me ocurren toda clase de leseras. (*Silencio.*) Acompañé a tu mamá al paradero, como está oscuro...

OLGA.— ¿Sí?... ¿Y qué decía?

VÍCTOR.— Nada especial... (*Se acerca a la ventana.*) ¡Qué lástima que no se vea la cordillera desde aquí! La voy a echar de menos cuando esté en Valparaíso... Si alguna vez van por allá tienen que avisarme, ¿ah? Y, a lo mejor, un día, ¿cómo sabes?, me voy de marino en un barco a... a una isla en alguna parte. Una isla como las que salen en las películas, con palmeras y con un mar azul y tibiecito. (*A Olga.*) El Gringo siempre se ríe cuando hablo de eso. Dice que no voy a ir a ninguna parte.

GRINGO.— No sé... Pueden pasar muchas cosas.

VÍCTOR.— No, si es cierto lo que dices tú. Nunca voy a ir a ninguna parte. Me falta... ¡qué se yo qué!... Ser más... En el fondo, tienes toda la razón, soy pura boca. Hablo y hablo, me lo paso en la luna y no hago nada.

OLGA.— (*Poniendo las tazas sobre la mesa.*) Está servido. (*Se sientan en silencio, el Gringo es el último en hacerlo. No hablan durante largo rato.*)

VÍCTOR.— Última vez... (*El Gringo lo mira.*) El turno de noche. ¿Te gusta a ti?

GRINGO.— Me da lo mismo.

OLGA.— Sírvanse pasteles. (*El Gringo saca un cigarrillo y lo enciende.*)

VÍCTOR.— Ya. Gracias. (*Saca un pastel.*)

OLGA.— (*Al Gringo.*) ¿Quieres?

GRINGO.— (*Duro.*) Voy a fumar.

OLGA.— ¡Qué calor hace aquí! Tengo ganas de salir y respirar aire puro. (*El Gringo apaga el cigarrillo.*) ¡No!... No quise decir que me molestaba.

GRINGO.— (*A Víctor.*) Estoy nervioso por el asunto de Carrasco... ¿Qué crees le van a hacer?

VÍCTOR.— Nada. Tenía luz verde. Y el tipo estaba medio curado, además. Lo descubrieron en la autopsia.

GRINGO.— Es un asunto bien feo.

VÍCTOR.— (*Asiente.*) Mmm.

GRINGO.— Algunos dicen que el tipo se tiró al paso de la máquina.

VÍCTOR.— No creo. Estaba curado y se lanzó a cruzar la calle con luz roja.

GRINGO.— A lo mejor.

VÍCTOR.— Bueno, en todo caso, si se quiso matar o no, ya no lo sabremos nunca.

GRINGO.— Claro.

VÍCTOR.— (*A Olga.*) Estábamos hablando de...

OLGA.— Sí. El Gringo me contó. (*Pausa.*)

GRINGO.— (*Mirando su reloj.*) Parece que es hora de irse, ya. (*Se levanta.*)

VÍCTOR.— ¿Ya? (*Mira su reloj.*) De veras...

GRINGO.— Tengo que ir a buscar la moto al garaje... (*Con dificultad.*) Si quieres te quedas aquí, por...

VÍCTOR.— (*Vacila.*) No. Te acompaño... (*El Gringo va al clóset y busca su casaca. Víctor mira a Olga.*) Se pasó luego el tiempo.

OLGA.— Sí.

GRINGO.— (*Mirando fijamente su llamado, junto a la puerta.*) Hasta luego...

OLGA.— Hasta luego.

GRINGO.— (*Tratando de sonreír.*) Algo se me olvida...

VÍCTOR.— Supongo que no necesitas los anteojos ahumados de noche.

GRINGO.— (*Mira a Olga.*) No... no son los anteojos ahumados... Después me voy a acordar. Vamos. (*Sale.*)

VÍCTOR.— Buenas noches...

OLGA.— Buenas noches... (*Víctor sale, cerrando la puerta. Ella se*

levanta y se para frente a la puerta, como esperando que alguno de los dos vuelva. Va al clóset, aparta la cortina y saca su ropa, que deja sobre la cama. Saca una maleta, que está debajo de la cama, echando la ropa en su interior. Toma su pañuelo de seda y da unos pasos, como perdida. Pausa leve. Con voz un poco infantil, triste). Isa... Isa... Ven a buscar a tu pelaíta... Isa... Isa... Isa... (La luz se apaga lentamente.)

Telón.